

pea, la monstruosa, la irresistible capital del cheque», tuvo que experimentar una obligada modificación, como se exteriorizó, en efecto, en el otoño de 1907 y en la primavera de 1908.

El poeta, además, adivina, intuye entonces el no lejano estallido de la guerra. En el mismo corazón europeo, vive, ve y siente cómo los ramalazos de la discordia van agrietando el núbil y gozoso cuerpo de la *belle époque*. Ante el horrendo fantasma, Darío deja conscientemente al margen, en la cuneta de su camino, ideas y sentimientos que siguen siendo fundamentales y básicos para él, en un intento desesperado de concordia universal y, sobre todo, en un laudable afán de alejar definitivamente de su tierra continental los horrores que él presiente. Por eso, en el «Canto a la Argentina» entona ese himno, imprecación y llamada, a la paz.

Pero dos años después, en 1910, cuando el presidente Zelaya es derrocado, y Rubén Darío advierte que Estados Unidos no ha sido ajeno a la caída, su provisional confianza en la conducta estadounidense se tambaleará de nuevo hasta perderse definitivamente. Volverá entonces, ya en 1915, cuando su visita postrera a la aplastante cosmópolis neoyorquina, a su visión anterior:

*Casas de cincuenta pisos,
servidumbre de color,
millones de circuncisos,
máquinas, diarios, avisos
¡y dolor, dolor, dolor!*

*¡Estos son los hombres fuentes
que vierten áureas corrientes
y multiplican simientes
por su ciclópeo fragor,
y tras la Quinta Avenida
la Miseria está vestida...
con dolor, dolor, dolor...!*

*¡Sé que hay placer y que hay gloria
allí, en el Waldorf Astoria,
en donde dan su victoria
la riqueza y el amor;
pero en la orilla del río,
sé quienes mueren de frío,
y lo que es triste, Dios mío,
de dolor, dolor, dolor...!*

*Pues aunque dan millonarios
sus talentos y denarios,
son muchos más los Calvarios
donde hay que llevar la flor*

*de la Caridad divina
que hacia el pobre a Dios inclina
y da amor, amor, amor.*

Ahora, sin embargo, en ese año 1915, Rubén ha ido a Nueva York, empujado por Alejandro Bermúdez—que después le abandonará vilmente en el peor momento—y por el colombiano Miguel A. Otero, secretario del ex presidente de Colombia, general Reyes, y tan yanqui como éste, en misión de paz, tema obsesivo, como se ha visto, en el pensar y el sentir de Darío. A éste, por otra parte, no dejaría de halagarle el saber que, «mientras muchos centro y suramericanos a quienes yo conocí en París y a quienes usted—como le escribe Otero—ha formado y dado todo lo que ellos valen, le tiran por las espaldas y le tienden la mano de frente, aquí, en un país donde más se ocupan del "Todopoderoso dólar", le colocan a usted en el indiscutible pedestal de gloria que sus méritos y talentos le han levantado». La vanidad no fue, empero, defecto grave de Rubén Darío, y menos en aquella época en que ya estaba de vuelta de todo, y menos aún al ver, líneas más abajo, el interés bastardo de Otero, que deseaba instalarse en París y pedía al maestro «una colocación por ínfima que ella fuera en su principio». Pesó, pues, en el ánimo rubeniano la posibilidad de contribuir de algún modo a la causa de la paz, y emprendió el viaje, sin duda con ánimo de regresar a España al lado de Francisca y de su hijo. En cualquier caso, pudo entonces conocer mejor la colosal urbe yanqui y a muchos hombres buenos que la habitaban. Por eso, pese a ver que el «amontonamiento» humano había matado allí al sentimiento y al amor, Rubén puede afirmar:

*mas en todo existe Dios,
y yo he visto mil cariños
acercarse hacia los niños
del trineo y los armiños
del anciano Santa Claus.*

*Porque el yanqui ama sus hierros,
sus caballos y sus perros,
y su yacht, y su foot-ball,
pero adora la alegría
con la fuerza, la armonía:
un muchacho que se ría
y una niña como un sol.*

Pero la preocupación fundamental de Rubén Darío, la que le decidió a viajar a Estados Unidos en 1915, era la guerra. Muy cargado el ambiente neoyorquino y ante la inminencia de la entrada de aquella

nación en el conflicto europeo, el poeta cumple su compromiso pacificador con absoluta sinceridad y con una entrega al trabajo que su ya pésima salud no le permitía. Escribe entonces y lee en la Universidad de Columbia, el 4 de febrero de 1915, su poema «Pax», al que pertenecen estos versos angustiados:

*¡Oh pueblos nuestros! ¡Oh pueblos nuestros! ¡Juntaos
en la esperanza y en el trabajo y la paz.
No busquéis las tinieblas, no persigáis el caos,
y no reguéis con sangre nuestra tierra feraz.*

*Ya lucharon bastante los antiguos abuelos
por Patria y Libertad, y un glorioso clarín
clama a través del tiempo, debajo de los cielos:
Washington y Bolívar, Hidalgo y San Martín.*

*Ved el ejemplo amargo de la Europa deshecha;
ved las trincheras fúnebres, las tierras sanguinosas;
y la Piedad y el Duelo sollozando los dos.
No; no dejéis al odio que dispare su flecha,
llevad a los altares de la paz, miel y rosas.
Paz a la inmensa América. Paz en nombre de Dios.*

*Y pues aquí está el foco de una cultura nueva
que sus principios lleva desde el Norte hasta el Sur,
hagamos la Unión viva que el nuevo triunfo lleva;
The Star Spangled Banner, con el blanco y azul...*

Y todavía impresionado por lo que acababa de ver en Nueva York, cuando Rubén Darío esté ya en Guatemala, acogido a la hospitalidad de Estrada Cabrera, que acepta para tratar de arreglar su salud, escribirá: «Lamentablemente se equivocan quienes piensan que los yanquis no son hombres de altos pensamientos. Saben de todo. Amasan millones de dólares, escriben libros, construyen ferrocarriles, hacen poemas y lanzan nuevas doctrinas científicas que el mundo respeta y acepta».

Erraría gravemente, sin embargo, quien creyera, a la vista de los textos copiados, que el cóndor había sucumbido ante el águila. Rubén Darío, por el contrario, seguía pensando y sintiendo lo mismo que en 1905 acerca de la conducta estadounidense con Hispanoamérica, pero una visión más serena, menos apasionada y también menos optimista le permitía ahora compaginar con su admiración a determinados hombres y a ciertas realizaciones concretas de los yanquis su permanente y sustancial sentir de poeta radicalmente americano e hispánico.

7. HACIA EL LADO DEL ALBA

Que Rubén Darío es un poeta esencialmente hispanoamericano, es decir, radical y propiamente americano, creo que no ha habido nunca nadie que haya osado ponerlo en duda. Excepcional testigo, Juan Ramón Jiménez lo proclama con las más bellas palabras de su voz poética, y a su simpar testimonio me acojo:

*Se le ha entrado
a América su ruiseñor errante
en el corazón plácido. ¡Silencio!
Sí. Se le ha entrado a América en el pecho
su propio corazón.*

Al mismo tiempo y antes y después, todos los poetas, todos los críticos, todos los escritores que se han ocupado con la figura y la obra del maestro nicaragüense han afirmado lo mismo. Unos—como José Santos Chocano y Carlos Sabat Ercasty, por ejemplo—se fijarán más en el remoto origen amerindio de su palabra. Otros, como se verá después, subrayarán el lado hispano y, sobre todo, el sustancial carácter hispánico del hombre y su creación literaria. El propio poeta diría, confirmando a todos, que él es «un triste trovador del Nuevo Mundo». Por serlo, bien pudo escribir a Daniel Deshon, en mayo de 1886, cuando iba a embarcarse para Chile:

*Ya tú sabes que me voy.
Oye, y esto no es fingido:
sabe que seré y he sido
como soy.
Y si alguien niega eso, dile
que amistad, amistad fragua,
y el mismo de Nicaragua
seré en Chile.*

Y en Argentina y en Brasil, y en México y en La Habana, y en Santo Domingo y en España, cabría añadir. En todas partes, Rubén Darío es un americano y un americano ejemplar. Como tal, todo lo de América, lo de Hispanoamérica, le interesa, le atrae, le conmueve, lo canta. No hace falta sino asomarse un poco a la obra rubendariana para comprobarlo. Por mi parte, renuncio de antemano a toda función estadística, aunque en este caso sea una estadística de belleza. Diré tan sólo que no hay un solo libro rubeniano que no contenga, por lo menos, varios poemas dedicados a temas o problemas o personas de

Hispanoamérica, desde México a la Tierra de Fuego. Recordaré solamente, como mero y también insoslayable botón de muestra, el soneto dedicado a Colombia en 1890:

*Colombia es una tierra de leones;
el esplendor del cielo es su oriflama;
tiene un trueno perenne: el Tequendama,
y un Olimpo divino: sus canciones.*

*Siempre serán soberbios sus pendones,
bajo la aureola que a la gloria inflama;
siempre será la tierra que derrama
la savia de los grandes corazones.*

*En sus historias nobles y triunfales
resplandecen egregios paladines,
coronados de lauros fraternales.*

*Y se oyen en sus campos y confines,
Boyacá y sus tambores inmortales,
y el Santuario y sus épicos clarines.*

Poemas con la gracia habanera, colorista, negra y mulata de los «Versos negros» y el fragmento de «La negra Dominga»; con el recuerdo y el aire clásico del que dedica «A Bolivia», país donde el poeta encuentra «una arcaica fragancia»; o los sonetos a Amado Nervo, a don Justo Sierra, a Carrasquilla-Mallarino; o las décimas del «Apóstrofe a México»; o los poemas «A la República Dominicana», que debería estar «como una Virgen en su altar—en toda patria americana» por ser «la sublime hermana» que dio a todos su despertar; y a Montevideo, y esta breve, pero deliciosa «Galantería» a las mujeres uruguayas:

*¿Las mujeres argentinas?
Son divinas.
Pero las del Uruguay,
...¡ay!*

Como poeta americano, Rubén Darío muestra, además, gran preocupación porque en España se conozca y se siga el movimiento cultural de Hispanoamérica, cuyas obras de creación debían, según él, enviarse a nuestra península para mostrar que también en el suelo americano «Apolo esparce su fulgor divino». Así le dice, al menos, el maestro nicaragüense a Francisco Antonio Gavidia, a quien dedica un poema en octubre de 1884, cuyo texto nos ilustra, a la vez, acerca del con-

cepto de americano que Rubén tenía y que no era otro que el de mestizo, ya que, tras llamar a Gavidia «vate americano», explica esta expresión mediante estos versos:

*une a la donosura del idioma
puro español, la majestad y aliento
de la virgen América, esta tierra
llena de fuego y de hermosura llena.*

Pero podría interpretarse que Rubén Darío no se encontraba a gusto, por ser americano, en la vida ni en el tiempo que le tocó vivir y que por eso hablaba en sus versos de cosas de países lejanos o imposibles. Así lo dice él mismo en las «Palabras liminares» de *Prosas profanas y otros poemas*: «¿Hay en mi sangre alguna gota de sangre de Africa, o de indio chorotega o nagrandano? Pudiera ser, a despecho de mis manos de marqués; mas he aquí que veréis en mis versos princesas, reyes, cosas imperiales, visiones de países lejanos o imposibles: ¡qué queréis!, yo detesto la vida y el tiempo en que me tocó nacer; y a un presidente de República no podré saludarle en el idioma en que te cantaré a ti, ¡oh, Halagabal!, de cuya corte—oro, seda, mármol—me acuerdo en sueños». Sin embargo, el maestro hispánico cantó a América, cuya poesía hallaba él, según vimos, en «las cosas viejas»: Palenque, Uxatlán, Moctezuma, el indio. Lo demás pertenecía al yanqui: «Lo demás es tuyo, demócrata Walt Whitman», escribe Rubén. ¿No había nada más que cantar? Quedaba, aparte de eso, «Buenos Aires: Cosmópolis», «¡Y mañana!», es decir, el futuro.

Pero quedaba también lo español. «El abuelo español de barba blanca» le señalaba a Darío los retratos de Cervantes, Lope de Vega, Garcilaso, Quintana. Pero él, en este punto concreto un hispanoamericano más de su época, miraba a Europa, donde veía otras efigies: Shakespeare, Dante, Víctor Hugo. Mirando a su interior, el poeta encontraba a Verlaine. ¿Sería entonces Rubén Darío un americano alienado; concretamente, afrancesado? El mismo se define simbólicamente, en cierto modo, al referirnos las palabras que le dijo al abuelo en el momento de despedirse: «—Abuelo, preciso es decíroslo: mi esposa es de mi tierra: mi querida, de París». Lo permanente, pues, en el maestro nicaragüense es su tierra, América, es decir, Hispanoamérica, entidad mezclada, mestiza, como se señaló antes, de lo español y lo amerindio. ¿Cómo no tener, entonces, manos de marqués y sangre chorotega? Lo demás, lo francés, era eso: el simple capricho pasajero que se abandona, como Rubén hizo, cuanto más se profundiza en el propio ser y en su raíz telúrica. Por eso, no extrañará el saber que fue, precisamente, junto al Mediterráneo donde el poeta dice la verdad y halla, como veremos, en roca, aceite y vino, su origen, su antigüedad.